

Gaceta Médica de México

VOLUMEN 100

MARZO DE 1970

NÚMERO 3

EDITORIAL

Hace 107 años, la Academia Nacional de Medicina nació al trabajo de intercambio científico y de acercamiento espiritual y confraternidad entre los médicos de la época. Las ya casi abstractas figuras de Ehrmann, Carmona y Valle, Lucio, Vértiz, Montes de Oca y otros, se lanzaron, con gran fervor, a labores que el tiempo, a lo largo de más de un siglo, sigue consagrando como ejemplares. Tal acontecimiento es revivido año tras año y nos impone con precisa periodicidad, el constante replanteo de nuestro futuro en la tarea de compartir, impulsar y difundir las ciencias médicas. En los días que vivimos, esta orientación de nuestro destino es urgente: las exigencias son múltiples y provienen de todas las esferas, las tecnologías, las económicas y aun las políticas, que alcanzan la estructura misma de la medicina y sus raíces más hondas. Nuestra Corporación, fiel reflejo de la estructura social y científica de los tiempos, no puede permanecer insensible a estos cambios.

La Academia, tal como la recibimos de las manos de nuestros antecesores, y tal como a la vez la entregaremos a quienes nos sigan en el camino, constituye una herencia, preciosamente cuidada, depositada cada año en las manos viejas y nuevas de los académicos, siempre distintos, siempre los mismos. Este concepto —casi precepto— de que recibimos una herencia lo expresó Goethe al decir: "Lo que has heredado de tu padre, debes ganártelo, antes de poseerlo". Para nosotros, académicos, ganarnos el derecho a intervenir en nuestra vida institucional, hacernos partícipes y depositarios conjuntos de tal responsabilidad, exige una doble tarea: ante todo, la de definir con perfecta claridad cuáles son los objetivos y las metas de la Academia y, después, diseñar las líneas de acción, los mecanismos para alcanzarlos.

Los objetivos de la Academia deben depender de su misma naturaleza, de su constitución, de las fuerzas inherentes a su propia estructura. ¿Qué labor podemos desarrollar como exclusiva de esta Corporación? ¿Qué actividades son las características y peculiares al variado conjunto de miembros que la forman? La respuesta es sencilla y clara: la Academia Nacional de Medicina es una institución que puede estudiar y sugerir soluciones a los grandes problemas de la medicina, a los problemas médicos generales, muy a menudo de trascendencia nacional. La Academia está formada por un grupo selecto de expertos y espe-

cialistas en las ciencias biomédicas, que coinciden en su pasión por el estudio, en su actividad inquisitiva, en sus estrictos patrones de exigencia y que, además, tienen la capacidad para ver los problemas con una perspectiva amplia y general; todos ellos poseen el más elevado crédito profesional, espíritu científico comprobado, percepción de los procesos educativos, y sensibilidad y firmeza para crear sólidos contactos científicos y humanos. Siendo así, el grupo de académicos es el que con mayor facilidad y eficacia puede unirse para abordar los amplos problemas de la medicina a través del enfoque común y multidisciplinario.

Como ninguna otra organización, la Academia puede opinar, con autoridad y ventaja, sobre temas con facetas tan variadas y contradictorias como los trasplantes de órganos, tan heterogéneas y huidizas como la filosofía de la educación médica. La Academia, autónoma, libre, respetada, tiene enormes posibilidades para hacer los estudios, establecer las recomendaciones y tomar las decisiones en esos y otros asuntos siempre fundamentales. Tal es el futuro de nuestra Corporación.

Nuestra Academia ha recibido en su seno, desde hace tiempo, a especialistas distinguidos, no médicos: biólogos, químicos, odontólogos y otros. El nuevo enfoque de la institución que demanda la vida contemporánea nos obligará a ampliar los campos; nuestros miembros procederán tanto de las ciencias biomédicas como de las sociales, de la administración y del derecho, de la ingeniería y de las ciencias de la información. Su procedencia y preparación previa no importan, en tanto que estén dispuestos a aportar su talento a la solución de los problemas médicos de interés general y nacional. Quién tenga antecedentes de pensar con seriedad en los grandes asuntos médicos de nuestros tiempos, franqueará, sin duda alguna, el umbral de la Academia, que siempre estará abierto para él; su historial de estudio, excelencia profesional, espíritu investigador, mente disciplinada, serán el pasaporte irrecusable de su ingreso. Asentados estos requisitos, debemos reconocer que la membresía de la Academia no puede ser sólo fórmula de honor y de prestigio y debe reservarse a quienes participen activamente en las tareas de la institución.

Definidos los objetivos, dispuestos los hombres, la planeación de labores resulta el siguiente asunto al que hay que prestar atención indispensable; cada acto individual, cada conjunto de esfuerzos debe seguir una línea de acción determinada acorde con las metas establecidas. La empresa es difícil y el camino largo; así concebido, la esencia misma del trabajo académico es, primero, el enfoque analítico multidisciplinario, realizado por los diversos especialistas en el estudio de un problema común y, después, el trabajo de síntesis, hecho por los mismos expertos, pero ahora en el proceso intelectual opuesto, el de unificar e integrar; por eso reclamamos de quienes contribuyan a la empresa un historial de productividad científica de alta calidad pero también la capacidad para pensar amplia, panorámicamente, en los grandes problemas de la medicina.

Nuestros planes para este año académico se han elaborado en base a tales conceptos. La actitud de los que hemos llamado "grupos de trabajo" es optimista y generosa. Un jefe de grupo, escogido de los participantes por razones de confianza y autoridad natural, sirve de enlace con la Mesa Directiva; los campos de estudio seleccionados llenan las más elevadas ambiciones; los hombres encargados de realizarlos, satisfacen las más estrictas exigencias. La presentación de los resultados —un día determinado de nuestro calendario— será sólo el primer escalón, una simple etapa informativa de valoración del problema; el verdadero esfuerzo empezará en ese momento. Sobre la base de los datos recogidos, el grupo trabajará enseguida en la presentación de un conjunto de recomendaciones, sugerencias en ciertos casos, dictámenes formales en otros, que se harán llegar a toda persona, grupo o institución interesados en conocer dichos acuerdos. El impacto podrá ser discreto o considerable; abarcará unas cuantas personas o llegará a esferas institucionales con gran capacidad ejecutiva. El resultado podrá ser estimulante o se traducirá en frustración. Suceda lo que suceda, el grupo de trabajo deberá estar atento a la respuesta, a la vigilancia de sus consecuencias, a la percepción de las razones de un posible buen éxito para perfeccionarlas en el futuro, o a la aceptación del fracaso para dejar de insistir en algo que, en principio, valía la pena emprender. Quizá no todos los grupos de trabajo conserven sus fuerzas; quizá ocurran cambios en los hombres que los integran; los que queden en pie harán resaltar, con obstinado vigor, la tarea de educación de alto nivel y normativa que es deseable a nuestra vida académica. Estos grupos activos, polarizados hacia metas precisas, deberán recibir la ayuda decidida de la Academia, facilitando una diversidad de actividades menores, pero indispensables para su marcha; así, deberán contar con auxilio secretarial, de fuentes de información, de análisis estadístico, de ayudantes médicos o paramédicos que hagan su labor más sencilla, fluida y eficaz.

Hemos planteado un tipo de investigación médica integral y programada, que puede y debe hacer nuestra Academia, aprovechando así al máximo, la inteligencia y la integridad científica de los académicos y sus colaboradores. Sentimos ya la urgencia de esta forma de actividades; sospechamos su impacto en el medio. Estamos ahora para hacer el programa y realizar el trabajo. Salgámonos de los fáciles caminos de la retórica y de las declaraciones de buenos propósitos; abandonemos el encanto de las palabras y la magia de los discursos. Sólo por el sendero difícil, el del trabajo común, alcanzaremos la verdadera vida académica, a salvo de todo fracaso, al margen de toda frustración.

Aunque estas labores sean las de mayor trascendencia, los esfuerzos no terminan allí; quedan muchos otros asuntos por resolver, muchas preguntas que contestar. El enfoque multidisciplinario seguirá siendo válido y quizá el más productivo; si un problema requiere la atención conjunta de diversos especia-

listas, vuelve a ser nuestra Academia la que con mayor facilidad puede ponerlos en contacto, propiciar sus reuniones, y fomentar el análisis integral del tema.

Incipientes ahora, pero presagio de buenas perspectivas para el futuro, estas realizaciones llevan implícito el cambio que producirán en nuestras actividades editoriales: la publicación de los trabajos realizados sobre problemas médicos generales, por razón de su esencia misma, multiplicará el número de los lectores interesados. Los temas más restringidos podrán acogerse a ediciones especiales—quizá suplementos de la GACETA MÉDICA DE MÉXICO o la producción de unos Cuadernos Académicos— con campos de difusión bien definidos, como son los miembros de las sociedades especializadas, o de instituciones médicas o educativas, los administradores de la medicina y otros.

Este enfoque de las tareas editoriales, paralelo estricto de las actividades académicas, significa, de hecho, una tendencia a alejarnos de la especialización, en ocasiones excesiva, que aun cuando representa buena parte de nuestra fuerza, nos ha apartado a menudo de la línea de acción integrativa. La especialización es fuente de grandes satisfacciones individuales y de éxito social y profesional, pero al limitar el panorama, conduce al aislamiento; nos alejamos de la labor de conjunto; nos quedamos cortos en los procesos de unificación y acercamiento. Al hablar como especialistas en esta tribuna, reducimos el auditorio a los colegas de nuestra rama y nos empeñamos en una labor que daría más fruto en la audiencia mejor nutrida y conocedora de nuestra sociedad especializada. Si al hablar, lo hacemos con el enfoque de la divulgación científica, nuestras palabras a menudo apenas satisfacen curiosidades incidentales y transitorias de un pequeño auditorio ajeno a nuestra disciplina. Aunque sea doloroso reconocerlo, éste no es el sitio para presentar trabajos de especialistas, más propios para las sociedades correspondientes, ni la estructura misma de nuestra Corporación coincide con la de un cuerpo informativo de alcance limitado a nuestro propio recinto. Tampoco es posible que nuestra Academia constituya la coincidencia de tiempo, lugar y motivos que sólo sirven para elevar nuestros prestigios y vanidades ante los ojos de compañeros que se desenvuelven en otros campos. Por fin, la Academia no parece llenar sus finalidades atendiendo a la rigidez del contenido semántico de la palabra Academia, llena de historia y tradición, objeto de interminables interpretaciones clásicas o heterodoxas.

Nuestra Academia debe constituir un foco contagioso e irreprimible de esfuerzo y dedicación, basado en nuestros talentos y habilidades; aprovechando la capacidad de trabajo conjunto realizable por los especialistas que la forman, debe desarrollar labores de educación a alto nivel y normativas que la hagan la más importante de las instituciones con proyección médicosocial. Nuestra Academia debe proporcionar una información depurada e imparcial para el dominio del especialista o del médico general, o para el dominio popular, a través de sus verdaderas vías de difusión: nuestra GACETA, ediciones especiales, el propio pe-

riodismo convencional. Nuestra Academia, en fin, debe crear un nuevo concepto de la palabra camaradería, aplicada a la colaboración científica interdisciplinaria, sentida y vivida por cada uno, con cada uno de nosotros, camaradería ofrecida y dada sin límites, con todo lo que significa de abnegación, fraternidad, oscura devoción y esfuerzo y valor cotidianos.

Al entender así la Academia, lanzamos y aceptamos un reto; muchos de nuestros amigos más entrañables, partícipes y aún impulsores de estas ideas, quienes nos acompañan ahora, han convenido en compartir este destino. ¿Será mucho pedir de nuestra buena fortuna, que todos los académicos, los colaboradores, los patrocinadores y los asesores de la Corporación, coincidan en ideales e intereses? Si esto sucediera, podríamos afirmar, ahora y durante muchos años, que tuvimos la suerte de vivir el más extraordinario de los tiempos, el más pródigo en promesas y en esperanzas.

JOSÉ LAGUNA
